

EL ATAQUE DE LOS SELENITAS

HUGO CORREA

—En nombre de la Unión de las Repúblicas...

Los hombres, embutidos en los trajes acorazados, escuchaban al profesor Blazov, allí, en el hirviente Mare Ibrum. No muy lejos de ahí, las cumbres de los Apeninos lunares, recortadas en el vacío, no difuminaban su aridez por atmósfera alguna. El sol en descenso acentuaba la dureza topográfica, nunca desgastada por la erosión, de los filos y picos de las cumbres, y las aristas de las laderas cortadas a plomo. Y el anillo pétreo de Aristillus, como una muralla construida por un arquitecto inverosímil, proyectaba sombras hasta las inmediaciones del cohete, que se erguía en el centro de una zona carbonizada por los chorros de sus toberas. En las proximidades, las cúpulas y las antenas de la estación automática, armada por control remoto durante los años que precedieron al envío de seres humanos. Un tractor rodó sobre sus orugas al encuentro de los recién llegados, dirigido desde la base por el siempre eficiente instrumental, no deteriorado durante su largo abandono en el océano de piedra. El vehículo se detuvo junto a los hombres, luego de recorrer los aledaños de la estación durante un trienio, mediante instrucciones radiales impartidas desde la Tierra, acudía ahora a darles la bienvenida.

—¿Qué hay del *Luna II*?

—Dentro de dos horas aluniza, profesor.

—Usted, Dimitri, hará el primer turno a bordo, y será relevado dentro de cuatro horas. Avísenos cuando el *Luna II* sea visible para presenciar su descenso. —Añadió—: Éste es el momento más grande de la historia humana. Nadie nos podrá disputar este satélite, Vania. Somos los primeros en llegar a instalarnos aquí y, por lo tanto, somos los amos y señores.

Los expedicionarios se dirigieron a la estación, hollando un suelo áspero entre cuyas fisuras el polvillo meteórico, impalpable como fina arena, acumulado allí durante milenios por la constante lluvia de aerolitos, reposaba sin que una brisa perturbase su quietud. Todo allí era ajeno a la vida, distinto a todo cuanto el hombre acostumbra a elegir como morada. Hasta el aire sería necesario traerlo desde la Tierra. ¡Pero, qué agilidad y soltura de movimientos, a pesar de las pesadísimas armaduras, que no otra cosa eran los trajes lunares!

Las antenas del campamento, de radio y radar, giraban enviando mensajes a la Tierra. Las cámaras televisoras del tractor y la estación transmitían, en esos mismos instantes, las escenas de arriba, para que nadie en el mundo se perdiese detalles de la histórica hazaña.

En la casamata central los hombres se despojaron de sus equipos. Todo funcionaba a la perfección, como si las instalaciones hubiesen sido montadas por hombres y no por máquinas; los generadores solares, incansablemente, acumulaban energía durante el día de dos semanas, garantizando así la fuerza motriz para las interminables noches.

—¡Qué distinta es esta toma de posesión comparada con las de los primitivos conquistadores!

—No obstante en algo hemos procedido como ellos.

—¿En qué?

—Durante la ceremonia invocamos un poder superior.

—Con una pequeña variante, eso sí: Dios ha sido reemplazado.

El sol, en su lenta marcha hacia el horizonte, besaba ahora con sus bordes llameantes, el límite de Ibrium y Procellarum.

—Espero que la Luna nos entregue sus secretos durante este primer viaje, ¿no, profesor Blazov?

Al cabo de las primeras horas de sueño en el satélite, los hombres dieron comienzo a la segunda jornada.

—La bomba atómica nos hará conocer las entrañas de este mundo, Vania.

—Exactamente. Lo que sólo era un arma se convertirá en nuestra mejor herramienta de trabajo.

—¡Cambiaremos la cara de la Luna, Vania! Le daremos una nueva fisonomía.

Afuera la planicie, entrecruzada de sombras, presagiaba la inminencia de la noche lunar. En el cielo, estrellas palpitantes, cada vez más luminosas.

—¿No les parece sentir un olor a azufre?

El ruido de las seis narices husmeantes pobló la habitación.

—Sí, hay un olor a azufre.

—¡Pronto! ¡Colóquense los trajes! Aunque no ha sido registrada actividad volcánica en esta zona... ¡Mantengan la calma!

Ni resquicios o fisuras de ninguna especie. Al cabo de una búsqueda estéril; los hombres se despojaron de sus trajes. El aire, renovado por el equipo purificador, no guardaba señales del olor.

—Hay que descartar la existencia de solfataras: ya las habríamos descubierto.

—¿Y entonces?

Iván Staniewsky se dirigió al laboratorio automático.

—Había azufre en la atmósfera, profesor. El laboratorio lo detectó.

Blazov fue a su turno al laboratorio.

—Es verdad. Una cantidad pequeña. ¿De dónde pudo provenir? ¿Se le ocurre algo, Iván?

—Sólo que es azufre terrestre. O sea, se escapó de aquí.

En la sala de muros metálicos, resonaba el ruido susurrante, como una prolongada respiración, de los acondicionadores de aire.

—Pero no pudo generarse espontáneamente, Vania.

—Eso significa que alguien lo preparó, profesor.

Los cuatro ayudantes sintieron los ojos desconfiados de sus jefes, que los auscultaban.

—¿Fue alguno de ustedes?

Los cuatro protestaron al unísono. ¿Con qué objeto iban a hacer algo semejante?

—El olor lo sentimos cuando estábamos todos juntos, Vania. Cualquiera que en ese instante lo hubiera estado preparando se habría delatado.

—Quizás usted no se fijó, Blazov —dijo Staniewsky con lentitud—, pero también quedó bi-col registrado en el detector, esa sustancia que se desvanece en el aire sin dejar rastro. Alguien confeccionó una vasija de bi-col, calculando su espesor para que durase el tiempo necesario, la llenó de azufre gaseoso y esperó que, una vez disuelta, liberara el gas. ¿Ven?

—¿Qué pretende insinuar, Vania? ¿Qué alguien se dio el trabajo de hacer todo eso...?

—Hay un hecho evidente, Blazov. El azufre existió materialmente. Si bien el asunto no tuvo consecuencias, no podemos desentendernos de un hecho que podría eventualmente entrañar un peligro: alguien, entre nosotros, miente.

Hasta el latir de los seis corazones habría podido escucharse, agudizando el oído.

—Estamos en la Luna, iniciando una expedición de conquista, y si empezamos con engaños, no podremos llegar muy lejos. ¡No culpo a nadie en particular! —añadió, al ver algunos rostros tornarse hoscos.

—¿En qué momento cree usted que pudo hacerse el frasco de bi-col? —preguntó uno de los ayudantes—. Leonid y yo, además de usted, sabemos lo suficiente de química para hacerlo. Pero, ¿en qué momento?

Staniewsky fue a una ventanilla y, antes de contestar, estuvo observando el panorama oscuro.

—Mientras dormíamos.

—Entonces, profesor... ¿Usted sospecha de Leonid o de mí?

—¡Yo no culpo a nadie! Confío en cada uno de ustedes como en mí mismo. Pero existe un estado del hombre cuando duerme que es incontrolable: el de sonambulismo.

En la sala estalló una algarabía.

—Mire, Vania: estamos perdiendo el tiempo con esta discusión. Hagamos algo mucho más práctico que hacer suposiciones: sometámonos al detector de mentiras. ¿Están todos dispuestos?

La creciente tensión se relajó de inmediato. Pero la consulta al detector dio una respuesta negativa.

—Dimitri no pudo ser —dijo alguien—. Habría tenido que entrar mientras dormíamos, y la alarma lo habría delatado.

—¿Qué me dice, Staniewsky?

—Esto confirma lo del sonambulismo, simplemente. Nos hallamos en un mundo nuevo, Blazov, y hemos estado en contacto con sustancias desconocidas, cuyos efectos en nuestro organismo, y quizás en nuestra propia psiquis, desconocemos.

—¿Qué sugiere usted?

—De ahora en adelante, uno de nosotros deberá permanecer despierto, en tanto los otros duermen.

—Es una razonable idea —dijo Blazov, mirando a los demás—. ¿Les parece aceptable?

Los ayudantes abandonaron el refugio, dejando solos a los dos profesores.

—¿Tiene usted alguna explicación para esto, Iván?

—Nada concreto, profesor. Pero el olor a azufre se vincula con ciertos arquetipos que aún sobreviven en el subconsciente humano. ¿Ve? Y que por fantásticos que nos parezcan, no podemos despreciarlos, menos aun cuando enfrentamos un mundo nuevo. «Hay más cosas entre el cielo y la tierra, Horacio...» Frase consabida, pero siempre cierta, ¿no es así?

Los trabajos de la jornada y el zarpe del *Luna I* hicieron olvidar el incidente. Los hombres montaron una base de lanzamientos balísticos, para dominar la Tierra con comodidad desde el satélite. Se construyó también una nueva casamata para guardar bombas nucleares. En cuanto el *Luna I* tocara Tierra, emprendería vuelo rumbo al satélite el *Luna III*, estableciéndose así el puente lunar. Entretanto, en la base automática, el *Luna II* aguardaba el momento de integrar la posta.

El sol se puso en el cercano horizonte. Pero las estrellas y la Tierra, en creciente, derramaron una fría claridad sobre el mar petrificado. En aquel desierto nunca ocurría nada. En la Tierra, aun en las más desoladas regiones, siempre pasan cosas, aunque no sea sino una tempestad. Pero aquí ni un soplo remueve el polvo meteórico. Las rocas, en un paulatino proceso de enfriamiento, esperaban que el calor tórrido del día fuera reemplazado por el frío glacial de la noche.

Con todo lo desolado de aquella masa granítica, que se desplegaba contra el cielo negro, el incidente del azufre seguía en el misterio. ¿Sería posible que la psiquis experimentara trastornos en la Luna? De las diversas muestras examinadas, ninguna parecía distinta en exceso de las sustancias terrestres. Como para descartar casi con un ciento por ciento de certeza la posibilidad de alguna suerte de vida albergada en el desierto lunar. Pero también tanta desolación, agregada al incontrastable suceso del azufre, tornaba más irritante el incidente.

Concluida la segunda jornada, los hombres se reunieron a presenciar un espectáculo revisteril especialmente preparado para ellos desde la Tierra. Afuera las estrellas relucían con la potencia de grandes bujías, encabezadas por la Tierra, que flotaba majestuosa sobre los Apeninos. Nuevamente el suceso del azufre latió en las conciencias de los expedicionarios. A menudo se sorprendían escudriñándose a hurtadillas. Pero nadie lo mencionó. Por último se retiraron a dormir, excepto Anastas, que fue designado para montar guardia.

Ilia, el ingeniero nuclear, fue el primero en abandonar la casamata al iniciarse la tercera jornada.

—¿Qué me dice del asunto de ayer, Vania?

—Nada, profesor. Y si sigue sin ocurrir nada, cosa que espero, podremos relegarlo al montón de sucesos sin explicación, que siempre acaecen entre los hombres, y que no por eso les quitan el sueño en exceso.

—¡Vaya! Ilia vuelve. ¿Qué habrá ocurrido?

De la cámara neumática salió Ilia, aún con la escafandra puesta. Dos hombres le quitaron el casco: su rostro demudado apareció a los ojos de los demás.

—¿Qué ocurre, Ilia?

—Frente a la entrada, grabada en la roca, hay una pisada humana.

Un gran temor acometía al ingeniero. Como si hubiese visto alguna aparición o una alimaña feroz retozando sobre el rocoso llano. Iván y Blazov, los primeros en reaccionar, se pusieron sus trajes lunares y salieron.

A un metro de la puerta, perfectamente visible bajo la luz de la Tierra, se destacaba nítida la huella de un pie descalzo, con cinco dedos rematados en agudas garras.

—Esto fue hecho con un soplete. ¿Qué me dice, Vania?

Ambos profesores, de vuelta en la cámara neumática, esperaban que las presiones se nivelasen para despojarse de sus trajes.

—Tenemos que descubrir al autor, Blazov.

—¿Por qué grabar una huella? El autor tiene una imaginación bastante truculenta.

—No tanto, Blazov. Esa pisada gigantesca, con dedos en forma de garra, y grabada a fuego en una roca... También corresponde a un arquetipo, lo mismo que el olor a azufre.

—¿Cree usted que ambas cosas las hizo la misma persona?

—No lo sé, Blazov. Es posible.

Los profesores fueron despojados de sus escafandras.

—Anastas: usted se quedó de guardia anoche. ¿Qué tiene que decir?

—Pues... Le juro que nadie se movió de aquí, profesor.

—¿Seguro que no se quedó dormido?

—En ningún momento, profesor.

—Espere, Blazov —interrumpió Staniewsky—. Acuértese de Alexis: está sólo en el cohete.

—¡Es cierto! Llamémoslo. El pudo hacer la huella sin que nadie se percatase.

Blazov llamó a la astronave.

—¡No contesta!

Se precipitó a la ventanilla: el *Luna II* había desaparecido.

Jamás pareció tan desolada la llanura lunar.

El granito despedía reflejos sangrientos en medio de la claridad terrestre, aún enrojecido por el calor de los chorros. Las brasas no tardarían en extinguirse por falta de oxígeno.

—¡Ha sido una negligencia imperdonable!

—Sí, debimos dejar dos hombres de guardia en el cohete.

—¡Ese traidor no llegará muy lejos! —Blazov alzó sus grotescos brazos enfundados en metal al cielo solitario.

—¿Por qué traidor? Estoy seguro que todo lo hizo en estado de sonambulismo. Alexis estaba con nosotros cuando oímos el azufre. Y el detector no lo delató.

Staniewsky miró la extensa llanura: en el horizonte refulgía una cumbre diamantina; era Copérnico, con sus enigmáticas rayas luminosas. Tanta soledad y falta de vida se le antojaron de súbito falsas. Algo latía allí, en aquel vasto desierto, algo cuya sola concepción escapaba a la inteligencia humana.

—¿Detectaron algo? —preguntó Staniewsky a la base.

—¡El radar no funciona, profesor! ¡Destruyeron las antenas!

Por un instante ambos profesores permanecieron inmóviles, en medio de la pálida luminosidad terrestre, sin atinar a decir nada. Una llamarada engeguecedora surgió de las casamatas.

—¡Dimitri! ¡Ilia! ¡Algo está ardiendo cerca de ustedes! ¡Salgan con los extintores!

Ambos hombres se precipitaron al campamento.

—Es Alexis, Blazov, no se fue en el cohete. Anda con un lanzarrayos. ¡Puede destruirlo todo!

—¡No tenemos armas contra él, Vania!

—¡Llamémoslo! Tal vez consigamos despertarlo.

Alexis no contestó. Los reflejos del lanzarrayos cesaron de pronto.

—¡Vámonos por detrás! Si nos enfrenta nos carboniza en un santiamén. Ése está loco, Vania. No sonámbulo.

Dos siluetas, encerradas en armaduras, salieron retrocediendo de la construcción. Un súbito chorro de fuego surgió de la noche y fue a estrellarse en una nube de chispas contra las figuras. Éstas dieron un brinco prodigioso: una cayó y rebotó en las rocas, una brasa que saltaba enloquecida. La otra aterrizó sobre sus pies, se tambaleó un segundo, y los cuatro hombres pudieron ver que sostenía entre sus manos un largo cañón de acero. Un rayo de fuego emergió de aquél: una extraordinaria claridad tras la casamata reveló el impacto. En seguida, la incandescente figura cayó al suelo.

Staniewsky, conminando a los demás que aguardasen, se adelantó. Se detuvo frente a los caídos.

—¡Vengan! Alexis ha muerto. También Ilia y Dimitri.

Alexis, valiéndose del lanzarrayos y de algunas herramientas, destrozó antenas, cortó cables y fundió generadores. Tractores y vehículos, semifundidos con sus orugas, aún irradiaban calor. Solamente la casamata central resultó indemne. Dotada de generador y radiotransmisor propios, los sobrevivientes estaban en condiciones de pedir auxilio.

—¡Qué desastre! —Blazov observaba las ruinas enrojecidas—. Tres hombres muertos y casi todo el material destruido. Por suerte no alcanzó a emprenderlas contra el depósito de bombas. ¿Qué explicación podemos dar, Staniewsky? ¿Un ataque de locura?

La difusión de la luz en su atmósfera revelaba todo el perímetro de la Tierra, a pesar que el Sol solamente la iluminaba a medias.

—No nos queda otra, Blazov. La idea del sonambulismo parecería descabellada.

—¿Sigue usted creyendo en eso?

Blazov se puso en marcha hacia el refugio central.

—Por cierto, Blazov, todo está relacionado. Empezamos con el olor a azufre, seguimos con la huella, y hemos terminado con este desastre. Si es que hemos terminado.

—¿Qué quiere decir? —Bajo los rayos de la Tierra, la armadura de Blazov brillaba alegremente. Detrás de él los Apeninos, desgarradas sus abruptas laderas por largas sombras. El cráter de Aristillus crecía en la llanura como un atezado paredón.

—Que esta expedición, Blazov, ha fracasado. Debemos volver a Tierra, y someternos a nuevos *tests* y entrenamientos. No podemos seguir arriesgándonos.

—Me parece que usted exagera, Iván. No niego la gravedad de lo ocurrido, todos estuvimos a punto de perecer. Pero el culpable fue Alexis, no cabe duda, y ahora está muerto.

—No estoy tan seguro, profesor. El que liberó el azufre no fue Alexis, porque no tenía suficientes conocimientos de química. Y aunque usted lo dude, el olor a azufre está vinculado a lo demás.

Llegaban en ese instante a la casamata central.

—¿Y qué habrá sido del *Luna II*? ¿Por qué Alexis lo lanzó al espacio y él se quedó aquí?

Una idea repentina iluminó la mente confusa de Staniewsky.

—¿Dónde va, Ivan?

—Después le cuento, Blazov. Espéreme en la casamata. Y llame de inmediato a la Tierra.

Staniewsky se dirigió a la cabina de las armas nucleares, milagrosamente salvada de las depredaciones de Alexis. Una de las bombas había desaparecido. El terror inmovilizó al hombre. Observó a sus compañeros: dos de ellos aún recorrían el campamento, tratando de rescatar los elementos escapados de la destrucción. ¿Daría la alarma? La noticia podría desatar el pánico, con fatales consecuencias.

—¡Blazov! ¿Avisó a la Tierra?

—Todavía no. Acabo de quitarme el casco. Pero ahora mismo llamo, Vania.

—¿Sabe, Blazov? Llame a los demás. Es necesario que descansen estos muchachos. Bueno, déjeme a Feodor. Me basta con él. Yo vuelvo en algunos minutos.

Tendría que arriesgarse a comunicar el hecho a Feodor. Staniewsky esperó que Anastas desapareciera en el interior de la casamata.

—Feodor: no haga comentarios. Necesito de todo su valor. De ello dependen quizás nuestras vidas. Una de las bombas ha desaparecido: es necesario encontrarla.

De la garganta de Feodor emergió un ruido extraño, que resonó apagado en los audífonos de Iván.

—¡Feodor! ¡Espere! No sea idiota...

Pero el hombre, con extraordinarios saltos, se convirtió en pocos segundos en una figura minúscula que brincaba en la claridad terrestre. Pronto era engullida por las sombras de los montes.

Calmoso Staniewsky, comenzó a recorrer la estación, tratando de reconstruir los pasos de Alexis. Escudriñó los escombros, cada protuberancia del terreno, cualquiera hendidura que pudiese albergar la bomba. A pesar de su peso, la poca gravedad la tornaba maniobrable como una granada.

—Vania. —La voz de Blazov reflejaba alivio—. El *Luna I* acaba de aterrizar. Pronto zarpará el *Luna III* y antes de diez horas estaremos a salvo. ¿Cómo anda eso?

—En algunos minutos más vuelvo.

En cualquier momento podía volar pulverizado por la furia atómica: en la próxima fracción de segundo sus pies quizás se apoyasen en una masa desintegrada por una flamígera visión.

Trataba de distraerse pensando en Alexis. ¿Qué hizo con el *Luna II*? En medio del sonambulismo conectó la partida automática y el cohete salió disparado. ¿Hacia dónde? No tenía importancia, la cuestión era dejarlos abandonados. ¿Y después? ¿Por qué cogió el lanzarrayos? ¿Qué lo movió a delatarse y arriesgar su vida? ¿Por qué no se limitó a hacer estallar la bomba?

Entre la multitud de acosadoras reflexiones el hombre trataba de desentrañar la verdad. Los expedicionarios estuvieron, desde su arribo, en contacto con sustancias y minerales extraños. ¿Se habrían contaminado con alguna forma de vida que, para destruirlos, se valía de ellos mismos? ¿Por qué no atacó a las máquinas cuando estuvo tres años a solas con ellas? Ello demostraba su evidente premeditación. Nada hizo al equipo mecánico, de manera que los hombres, alentados por los inocentes informes transmitidos por la estación autómatas, se decidieron a viajar, convencidos que la conquista de la Luna no representaba peligros. O sea, el invisible morador de los desiertos lunares aguardó a los hombres para actuar.

Staniewsky, agotado, se detuvo; mirando a su alrededor lanzó un suspiro de derrota.

—¡Iván! ¡Iván! —El tono despavorido de Blazov lo sacó de sus reflexiones—. ¡Estamos perdidos! Una explosión atómica destruyó la Ciudad de las Estrellas. ¡Todo destrozado! Los cohetes, las instalaciones, los equipos...

La voz del profesor jefe se quebró en un estertor.

—¿Cuándo? ¿Cómo?

—¡Recién! Estamos captando mensajes de todas partes. ¡Es un sabotaje! ¡Traidores! —La furia distorsionaba la voz de Anastas—. ¡Esto es obra de nuestros enemigos! ¡Canallas! ¡Pero seremos vengados! ¡Seremos vengados!

Anastas estalló en una risa histérica.

«¡La bomba desaparecida! ¡Fue colocada en el *Luna I* para que explotase cuando aterrizara!»

Y gritó, al mismo tiempo que se lanzaba hacia la casamata:

—¡Blazov! ¡Blazov! Avise a la Tierra que eso no ha sido obra de ningún terrestre. ¡Que los culpables son...!

Algo le hizo interrumpirse. Tal vez una sombra que se interpuso por una milésima de segundo. O un presentimiento. Alzó la vista. En una fugaz visión distinguió, agrandándose contra las estrellas, un objeto plateado que descendía con la celeridad de un bolido.

Con la lucidez que precede a la muerte, Staniewsky comprendió que el *Luna II*, sabiamente dirigido, se precipitaba certero contra el campamento.

FIN

Título Original: *El Ataque de los Selenitas*.
Digitalización, Revisión y Edición Electrónica de Arácnido.
Revisión 3.